

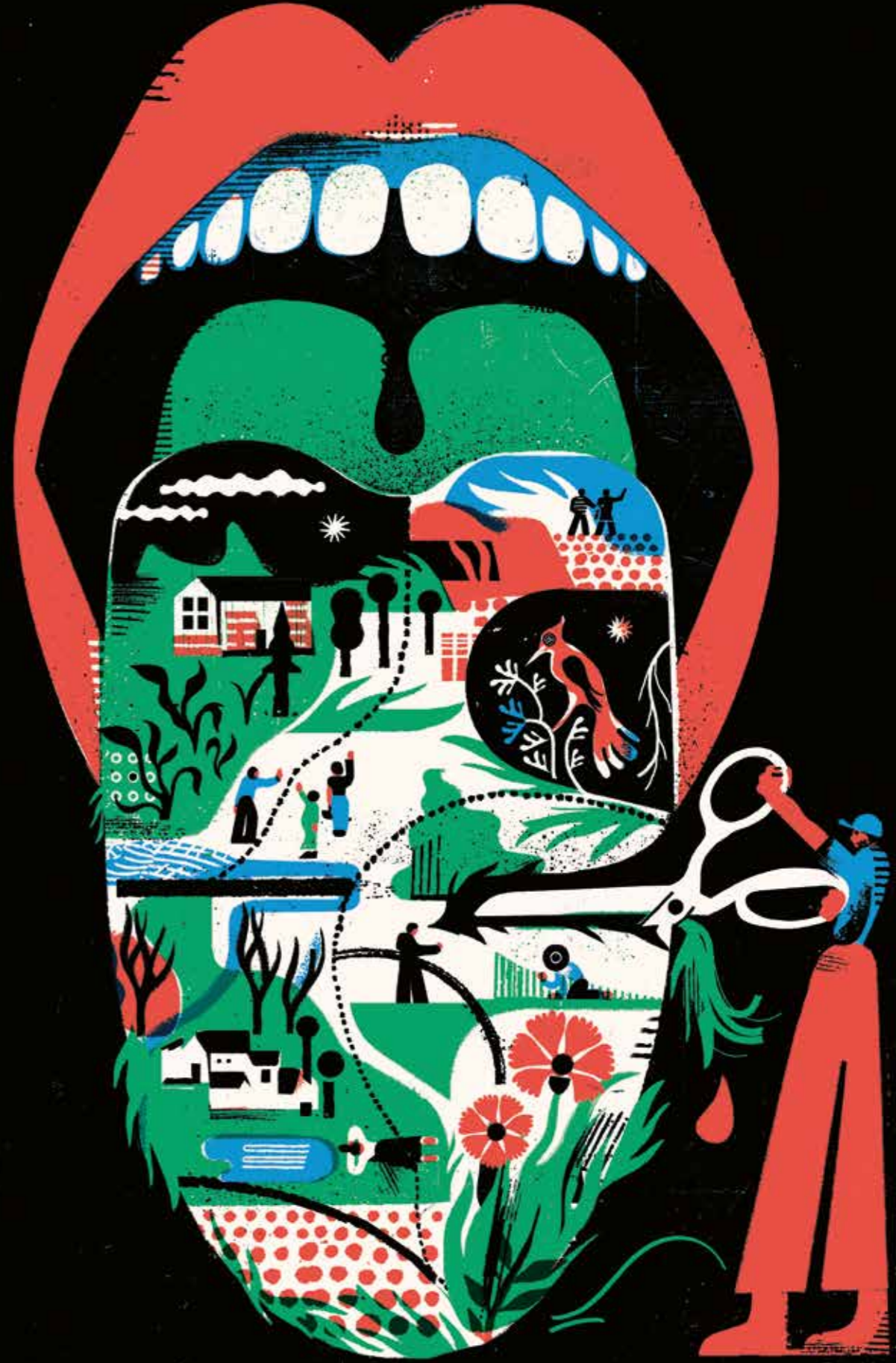
# EL SILENCIO DE LAS DELLAS

DE PUEBLO

Texto y fotografía:  
Dani Domínguez

Ilustración:  
Cinta Fosch

# LEN GUAS DE FRONTERA



“Pasamos por el catalán [...]. Pasamos por el vascuence [...]. Lo que ya no podemos aceptar es que se dé beligerancia literaria a las modalidades lingüísticas de cualquier pueblucho incivil, donde los pobres paletos hablan así porque no han tenido quien les enseñe a hablar en cristiano”. La cita, perteneciente a una reseña anónima sobre la obra del escritor extremeño Luis Chamizo, ilustra la estigmatización y ridiculización a la que se enfrentan los hablantes de lenguas no oficiales, sobre todo en zonas rurales. Una losa impuesta desde lo urbano con la que cargan quienes no quieren desprenderse de lo que son y de lo que hablan.

A

primera hora de la mañana, el sonido de los cascos de los caballos inunda el ambiente de Valverde del Fresno, en Cáceres. Está a punto de comenzar la misa en honor a San Blas y el grueso del pueblo se dirige hacia la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. En la puerta de la iglesia, una mujer ataviada con el traje típico de Extremadura insiste en hacerse una foto subida a un caballo, que se revuelve y está a punto de tirarla al suelo: “Ya, ¿no?”, pregunta después del susto a los familiares que tomaban la fotografía con sus móviles.

Mientras, un grupo de hombres charla sobre las restricciones de agua aprobadas en Cataluña como consecuencia de la sequía, pero no lo hacen en castellano. Cualquier forastero despistado que no conozca el lugar pensaría que se expresan en gallego, a pesar de los casi 200 kilómetros en línea recta que separan la localidad extremeña de Galicia. Un visitante más avisado creería que lo hacen en portugués, ya que el país luso se encuentra apenas a 12 kilómetros. Pero ambas interpretaciones serían erróneas.

Los habitantes de Valverde del Fresno, así como los de las localidades vecinas de Eljas y San Martín de Trevejo, tienen una lengua propia: *a fala*, también conocida como *a fala de Xálama*, por el nombre (en su propia lengua) del valle en el que se ubican estas tres poblaciones, el del río Jálama. Lejos de ser una lengua uniforme, cada municipio tiene su propia modalidad, con notables diferencias entre una y otra: en Valverde del Fresno hablan *valverdeiru*, en Eljas, *lagarteiru*, y en San Martín de Trevejo, *mañegu*. El escritor y registrador de la propiedad Daniel Berjano Escobar, en el artículo *Ensayo de un vocabulario del dialecto de la Sierra de Gata*, publicado en 1909, define *a fala* como “una mezcla del antiguo romance y portugués, verdadera fabla de frontera, donde llaman *albas* a las cenizas, *renimchar* al acto de mirar de reojo y otras curiosísimas particularidades [...]”. Para los casi 4.000 vecinos y vecinas que viven hoy día en el valle, *a fala* es su lengua materna. En ella se comunican de forma diaria en el ambiente familiar, social o lo laboral; y en ella sueñan.

Uno de los vecinos que conversa a las puertas de la parroquia mientras espera la salida de la talla de San Blas es Gabriel Rodríguez. Él vivió en Alemania durante 10 años. Su hermano Santos, a su lado, residió también allí más de 30, cuando la escasez de la zona les obligó a abandonar el valle y el país. Ni Gabriel ni Santos renunciaron nunca a sus raíces, a las que regresaron, ni mucho menos a su lengua. Con ella se comunicaban en los contextos familiares, si bien nunca han tenido una conciencia real de lo que hablaban: “Nos da igual si es una lengua o es un habla o lo que sea. Es lo que hablamos y ya”, explica Santos.

El estigma detrás de la mofa

No solo la distancia y el tiempo amenazan las lenguas minoritarias; también lo hacen la estigmatización y la ridiculización. En España, tras décadas de franquismo que lanceó todo aquello que no fuese castellano, el Estado asumió el catalán, el euskera y el gallego como lenguas cooficiales en determinados territorios, pero quienes habitaban al otro lado de las fronteras no olvidaron sus hablas por imperativo legal u orden administrativa.

“Hay un cierto pudor a hablar de diversidad lingüística por dos motivos: primero, por la ridiculización de las lenguas del mundo rural, a cuyos hablantes se denomina como paletos; y, segundo, porque desde determinados sectores políticos se asocia la lengua al independentismo”, explica Aníbal Martín, autor del libro *Yo hablo, ellas cantorin* (Pie de página, 2023) en el que se recogen algunas de las citas referenciadas en párrafos anteriores. En él, este traductor y divulgador en redes sociales de las diferentes lenguas de Extremadura explica cómo su madre, la cual gozó “de una completa escolarización”, creció pensando “que sus padres —en especial su madre— decían muchas cosas mal”: “Los maestros no les explicaban a los alumnos que lo que les estaban enseñando era castellano o español normativo y que lo que ellos hablaban en casa era una modalidad ni mejor ni peor. No, ni mucho menos; lo que les transmitían era que les estaban enseñando a hablar ‘correctamente’ por oposición a esa otra habla vernácula incorrecta”.

El yugo de la estigmatización no se limita a las tierras de *a fala*. También lo han sufrido en lugares como el Bierzo, en Castilla y León, y en la Franja de Aragón, dos lugares separados por casi 600 kilómetros pero que comparten numerosos rasgos: una parte importante de sus habitantes habla una lengua no reconocida oficialmente dentro de las fronteras de sus respectivas comunidades autónomas. Yolanda vive en la localidad turolesense de Massalió y su lengua materna es el catalán. Sin embargo, ni el topónimo oficial de su localidad es ese ni su idioma está reconocido legalmente en su comunidad autónoma. En Aragón, Massalió es Mazaleón y el catalán no es una lengua con estatus de oficialidad, pero eso no evita que sus vecinos y vecinas lo hablen.

“Al final, lo que sientes es que no encajas en ningún sitio, porque eres aragonés, pero parece que eres un aragonés de segunda porque no hablas la lengua que habla la mayoría, y tampoco eres catalán porque vives en Aragón”, explica. Yolanda, cuando estudió en Barcelona, se dio cuenta de que, en realidad, era “una analfabeta” en su propia lengua materna: “Yo lo hablaba perfectamente pero no sabía escribirlo, porque en la escuela la única lengua que nos enseñaban era el castellano. Al principio lo vives con vergüenza, no entiendes por qué tienes que hacer los exámenes de tu propia lengua en castellano. Luego te das cuenta de que eres víctima de un sistema educativo que no es capaz de entender que las fronteras son permeables”.



**El yugo de la estigmatización no se limita a las tierras de *a fala*. También lo han sufrido en lugares como el Bierzo, en Castilla y León, y en la Franja de Aragón, dos lugares separados por casi 600 kilómetros pero que comparten numerosos rasgos: una parte importante de sus habitantes habla una lengua no reconocida oficialmente dentro de las fronteras de sus respectivas comunidades autónomas.**

Lo que no tiene nombre,  
no existe

Unas losas con las que también ha cargado toda su vida Sara Rodríguez, graduada en Traducción e Interpretación y residente en la comarca del Bierzo. En su familia, el uso del gallego como lengua materna se perdió con sus padres y ella se socializó en castellano. A través de su abuela, sin embargo, siempre sintió esa estigmatización: “Ella hace el esfuerzo por hablarme a mí en castellano porque es el idioma que le han dicho que tiene prestigio, y que lo que ella habla estaba mal hablado, pero sin querer se va yendo hacia el gallego. A veces, no es que se llegue a disculpar cuando habla gallego, pero prácticamente”, explica.

El de la vergüenza es un aspecto en el que coincide el estudio del lingüista e investigador Miroslav Vales, quien señala que, “en el pasado”, los hablantes de *a fala* fueron “el blanco del ridículo por hablar una lengua ‘salvaje’”. Sin embargo, explica en el trabajo *A Fala: dimensión sociolingüística en las traducciones a una lengua minorizada*, “la situación ha cambiado y en el presente la mayoría de los hablantes se sienten orgullosos por tener una identidad propia que los diferencia de los demás”.

De vuelta a Extremadura, la plaza de Eljas está prácticamente vacía, a excepción de algunos vecinos y vecinas que todavía se congregan a las puertas de la iglesia. Leticia Boada viste el traje regional durante la celebración del festivo, que también cuenta con un importante arraigo en su localidad. Ella, concejala de Festejos y Cultura y maestra de infantil en un centro público de la comarca, asegura que los falantes sienten todo lo contrario a la vergüenza: “Si nos encontramos, por ejemplo, en Cáceres, es lo que vamos a hablar. De hecho, nos sentimos ridículos hablando castellano entre nosotros”.

Para que *a fala* sea una lengua de pleno derecho —actualmente cuenta con el estatus de Bien de Interés Cultural, pero no es cooficial—, Boada defiende la necesidad de contar con una gramática, una opinión que no todos comparten. Sin embargo, para la maestra es el paso necesario para poder enseñar la lengua de forma reglada en los centros educativos.

Porque la escritura es el gran escollo de *a fala*. Noemí y Natalia, las dos de 30 años, observan a los caballistas de Valverde, los cuales están a punto de terminar la procesión detrás del santo. Ellas se comunican por WhatsApp en *a fala*, aunque reconocen que lo hacen de una forma intuitiva: “Lo que hacemos es transcribir lo que hablamos. Como el que escucha algo en inglés y lo transcribe con las reglas del castellano, pues algo así”, explican a la vez que aseguran que les hubiese gustado aprenderlo en la escuela.

Natxo Sorolla, profesor de Sociología en la Universidad de Zaragoza especializado en sociolingüística, considera que el sistema educativo actúa como la columna vertebral en la imposición del castellano en territorios donde la lengua materna no es este idioma: “Es lo que hace que se pierda la propia conciencia de qué es lo que se habla. El hecho de que no se aprenda a escribir, por ejemplo, anula la conciencia de lo hablado y surgen denominaciones que intentan encorsetar a la lengua y relegarla a la estigmatización”, explica Sorolla.

**Yolanda, cuando estudió en Barcelona, se dio cuenta de que, en realidad, era “una analfabeta” en su propia lengua materna: “Yo lo hablaba perfectamente pero no sabía escribirlo, porque en la escuela la única lengua que nos enseñaban era el castellano. Al principio lo vives con vergüenza, no entiendes por qué tienes que hacer los exámenes de tu propia lengua en castellano. Luego te das cuenta de que eres víctima de un sistema educativo que no es capaz de entender que las fronteras son permeables”.**



Las lenguas de frontera

Las lenguas, históricamente, han sido un arma política explotada desde diferentes lugares, y todavía hoy sigue sucediendo. El Gobierno aragonés de Partido Popular y Vox ha decidido modificar la Ley de Patrimonio Cultural para eliminar el reconocimiento que actualmente se hace al catalán y al aragonés como lenguas que se hablan en la comunidad y sustituirlo por “modalidades lingüísticas propias” de la región, sin nombre a nivel legislativo.

Según Yolanda, esta instrumentalización política de la lengua acaba por empapar a los propios hablantes, que rechazan su idioma materno en muchos casos: “En Aragón, mucha gente entiende que si hablas catalán no eres un buen aragonés, y por eso hay muchos hablantes que prefieren decir que hablan mal, que hablan *chapurreau*, antes que reconocer que lo que hablan es catalán. Es una especie de autoodio porque asocian esa denominación a ser catalanista, y hay mucha gente que, ideológicamente, odia todo lo que tiene que ver con Cataluña”, sostiene.

Un concepto, el de *chapurreau*, que vuelve a entrelazar a la Franja de Aragón con el Bierzo. En esta comarca, muchos de sus hablantes no consideran que hablen gallego, sino una mezcla “mal hablada” de esta lengua y el castellano. Sara Rodríguez, que ha escrito el *Diccionario do galego do Bierzo*, cree que la ruralidad de la zona es lo que provoca esta falta de interés por parte de las administraciones a la hora de fomentar la riqueza lingüística de la zona: “Es como si nuestra cultura tuviese menos valor o menos nivel”.

Una situación con la que pretenden acabar colectivos como Fala Ceibe, en el que participa el historiador Xabier Lago, y cuyo objetivo es “prestigiar el gallego en el Bierzo”. Aunque no desdeñan el activismo por la lengua y la mirada folclórica o tradicional del idioma, esta plataforma pretende poner en valor la funcionalidad del gallego: “Nosotros defendemos que conocer la lengua sirve, por ejemplo, para tener más oportunidades de trabajo en Galicia e incluso en Portugal y los países de habla portuguesa”, explica Lago, quien considera que esta fórmula es la que puede permitir convencer a las autoridades de la necesidad de enseñar el idioma de forma reglada en las escuelas y pugnar para lograr una verdadera Ley de Lenguas en Castilla y León.

Pero mientras esto llega o no llega, miles de personas siguen siendo ciudadanos de segunda en lo tocante a su lengua materna: “Si yo quiero llamar al centro de salud o al hospital, lo tengo que hacer en castellano, o si tengo que rellenar una instancia para el ayuntamiento, también”, dice Yolanda. El traductor y divulgador extremeño Aníbal Martín recuerda el caso de Don Ignacio, “un médico muy famoso en las Hurdes”, al norte de Extremadura: “Este médico cuenta en un libro que cuando le llevaron allí no entendía lo que la gente le decía, y por lo tanto no era capaz de comunicarse en un ámbito tan importante como era el de la salud”. Unos casos que son denunciados cuando ocurren en comunidades como Cataluña, Baleares o la Comunidad Valenciana, pero que forman parte de la cotidianidad en la Franja aragonesa, en el Bierzo o en el Valle de Xálima.

A la derecha, una pintada a favor del gallego en El Bierzo. En la página izquierda, un acto en conmemoración de la Declaración de Mequinzenza, el documento que asentó las bases para el reconocimiento y la educación del catalán en pueblos de Aragón. Foto: Rubén Lombarte.



De pueblo | Salvaje #22

Según Yolanda, la mirada estigmatizadora ha crecido con el paso del tiempo: “Hoy hay padres catalanohablantes que no quieren enseñarles su lengua materna a sus propios hijos, y eso a mí me parece muy triste, porque si nosotros a nuestra lengua no le damos valor, ¿quién se lo va a dar?”, se pregunta. En el Bierzo, Xabier Lago sí defiende una mejora de la situación en las últimas décadas: “Hace 25 años, había verdaderas reacciones contra el gallego. Ahora miras esos recortes amarillentos de prensa y eso ya no sucede. Pero nos sigue quedando mucho camino por recorrer”, sostiene.

En el Valle de Xálima, la fiesta de San Blas está a punto de terminar y las calles se vacían. Allí, hoy, los y las *falantes* reivindican con orgullo su identidad, algo a lo que han contribuido un enjambre asociativo que tiene como objetivo apoyar la conservación de la lengua y los esfuerzos de las administraciones locales, conscientes de que el castellano no debe avasallar con su lengua. En la Praza do Forti, como reza la señalética de Valverde del Fresno en castellano y *a fala*, Noemí tiene claro que la suya es una lengua de futuro: “Es lo que hablarán mis hijos”.—



Un poema de Raúl Guerrero Payo en *chapurrau*, la variante local de *a fala*, decora un muro de Valverde del Fresno.

# Muuhlloa

COSMÉTICA GALEGA



*Somos ganaderas.  
Somos agricultoras.  
Somos produtoras de la materia  
prima de nuestra cosmética.*



Muuhlloa, cosmética 100% gallega realizada con productos ecológicos. Empresa que surge de la sinergia de Granxa Maruxa y Milhulloa, ambas enraizadas en la Ulloa.

Compuesta por cuatro mujeres que apuestan por la viabilidad económica del rural gallego, dándole el valor merecido a los productos autóctonos.

Ambas empresas nacen del respeto a los animales, al medio ambiente y a la tradición artesanal unida al deseo de innovar el sector.

*Innovando en el rural, el rural es vanguardia.*

